

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

SUMARIO

Interrogante, por la Condesa de Pardo Bazán.—Los peetas de la Humanidad: Anacreonte. La guerra y el poverir del mundo, por E. Gozález Blanco.—Las águilas blancas, por M. Alvarez Cerón.—Daltonismo, por R. López de Haro.—Apuntes del camino: Avila, por L. Martín-Granizo.—Hacia la Revolución, por Q. Saldaña.—Vida cultural, por L. Jimenez Asúa.—Política exterior, por P.—Economía, por M. de Paul.—Crónica de la guerra, por «Zeppelin».—Los libros, por J. Antón.—De la semana.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

LA PROPAGACION DE LA FE ELECTORAL



20 págs.

¡Pobre pueblo!

20 cts.

LECHE PURA DE VACAS

ESTABLOS EN GALAPAGAR (Sierra de Guadarrama).

60 céntimos LITRO, servido a domicilio.

UNICO DESPACHO EN MADRID

LECHERIA DE LA BOLSA

Juan de Mena, 2 (Palacio de la Bolsa de Comercio), teléf. M-4322

BERNARDO ZAPICO

INGENIERO

Explotación de carbones

— LEON —

ESCUELA ALEMANA DE IDIOMAS

Alemán, Francés, Inglés, Italiano, Ruso, Portugués, Holandés y Árabe vulgar marroquí.

Profesorado internacional.

Método especial, éxito seguro.

HILERAS, 10 (esquina a Arenal).

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

MADRID, 19 DE FEBRERO DE 1918

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

: — : AÑO I — NÚM. 4 : — :

INTERROGANTE

Es la que voy a contar una historia en la cual no sé si soñé lo que me pareció ver, o si, al contrario, vi efectivamente algo semejante a una pesadilla. Esto, traducido a más claro lenguaje, significa que no estoy enteramente seguro de los hechos que voy a recordar.

Vivía yo en Madrid, en compañía de una de mis hermanas, casada con un negociante. Me preparaba a una lucida carrera, pero no ponía gran afán en mis estudios; teníamos con qué vivir, y yo era perezoso y pascante en corte.

Una mañana, en el mismo centro de la Puerta del Sol, lugar nada novelesco, vi a una mujer que me atrajo desde el primer instante. Era chiquita, pálida, muy esbelta y fina, y sus ojos, negrísimo, miraban de un modo especial, hondo, sugestivo. Se fijaron en mí un segundo, y al punto los veló con las tupidas pestañas, enigmáticamente. No sería yo español neto si no la hubiese seguido, y si no me creyese, de un modo fulminante, enamorado hasta las cachas.

Fuí tras ella por algunas calles, céntricas todas, hasta llegar a la casa donde vivía.

Al pronto, se hizo la indiferente, como si no me viese, ni se enterase de mi persecución. Ya en el portal —donde me atreví a entrar—, se volvió, me miró otra vez, de un modo trágico por lo intenso, y metiéndose en el ascensor, me hizo una seña que no supe interpretar.

Un poco de unto de plata desató la lengua de la portera, y me hizo saber que la dama se llamaba Julia, que vivía con su tío, señor muy rico y bastante viejo, y que ambos eran de fuera de Madrid; de Andalucía o Valencia.

De estas investigaciones a tomar a la portera por buzón, no iba gran distancia. La carta fué breve y apasionada; modo en su género. Es hasta tal punto contradictorio nuestro modo de sentir respecto a la mujer, que casi sufrí una desilusión cuando mi perseguida me contestó sin dilaciones, sin dificultades, casi en el mismo tono que yo había empleado con ella. ¿Era, pues, una hembra fácil, dispuesta a corresponder al primero que la dijese algo? Mi ilusión se

enfrió. De todos modos, claro es que llevé adelante la aventura.

En la carta me citaba para el día siguiente, por la tarde, en su propio domicilio. Me encargaba especialmente que no emplease misterio, ni precaución alguna. Que llamase. Me harían pasar a la sala. Allí me esperaba ella.

Lo hice así. No sabré explicar el estado de mi ánimo. ¿Se trataba de una mujer sin decoro? La extraordinaria sencillez de los preliminares lo indicaba. Tal vez una excéntrica... Veríamos.

Fuí puntual. Al campanillazo, salió ella en persona, sonriente. Entré en una sala elegante, alhajada con algunos muebles artísticos y otros modernos, de buen gusto. Julia me invitó a sentarme. Sobre un piano, exhalaba discreto perfume un ramillete de violetas dobles. Nada trascendía allí a situación equívoca, a vida irregular. Todo producía una impresión de señorío.

El asombro me cortó la palabra. No acertaba a decir cosa alguna. Ni mímica. Ella me sacó del apuro.

—Le veo sorprendido, señor Frontero... Usted no sabe que le conocía ya.

—¿Que usted me conocía? —contesté tartamudeando.

—Sí, señor. Le conocí en casa de nuestras amigas, las de Hernández Alamo. Pero usted no me vió, porque yo estaba en el cuarto de la mayor, de Anita, y ella me hizo mirar al través de la puerta y me dijo quién era usted. Me contó de usted mil detalles. Por eso, ayer, no tuve reparo en responder a su carta. Si en efecto está usted, como asegura, enamorado de mí, puede tratarme, hablarme con frecuencia. Ya ve usted que soy franca, y que esto es la cosa más corriente del mundo.

Estupefacto, contesté ya en tono como de excusa. Otra desilusión. ¡Mi perseguida era una señorita decente, muy decente, y la comenzada aventura tenía claras vistas al matrimonio! Sin embargo, aquellos ojos sombríos, de oscuro fuego, continuaban ejerciendo su mágico poder. Y, sin saber lo que hacía, respondí al conjuro de los ojos por el sorti-

legio de los labios: hablé con un ardor, que, gradualmente, me abrasaba... Al cabo de una hora, nos habíamos unido en una aspiración común. No se habló del porvenir, no se fantaseó ni el esbozo de un hogar. No delineamos nada. Ello se bastaba a sí propio.

Aturdido, sin entender lo que me pasaba, hice, no obstante, una gestión: tomé informes en casa de Hernández Alamo. Salieron responsables de que Julia Beniel era una intachable muchacha. Algo extraña, algo retraída... pero modelo, en lo demás. Por un lado, debía creerlo. Por otro, mi historia se oponía a tanto optimismo. El proceder de Julia no estaba en armonía con lo que afirmaban de ella.

Mis inquietudes crecieron, según fui ganando fueros de confianza en la mansión de Julia. Vi casualmente a su tío, y una espina aguda se clavó en mi corazón. Era el tío de Julia un marino retirado, de enérgica fisonomía, de tez cobriza, con patillas blancas, y su cara curtida expresaba una violencia sin límites: yo hubiese jurado que no conocía aquel hombre freno a sus instintos. Estaba, sin embargo, achacoso, y el reuma le clavaba en la cama semanas enteras. En uno de esos accesos fué cuando sucedió mi aproximación a Julia. Ella me encargó, con grandes instancias, que no tratase de relacionarme con aquel señor, por lo cual valdría más que nos encontrásemos fuera, en el Retiro o en algún establecimiento de esos que se toma té, adonde ella iría con Anita Hernández Alamo. ¿Por qué tal misterio? ¿Por qué dar a nuestras relaciones ese carácter sospechoso? La espina se me hincó más honda. Aquel pariente, ni hermano, ni padre, y que parecía dueño y árbitro de Julia... ¿qué era realmente? Ni lo supe entonces, ni lo sé todavía, hoy, cuando evoco los sucesos. La malicia vulgar resuelve estos enigmas muy pronto, pensando lo peor; yo tengo un criterio diferente: lo peor no siempre explica las cosas. Lo malo es que, rechazando el criterio vulgar, no puedo rechazar el recelo, la sugestión pesimista. Alrededor del anciano tío de Julia giraban mis pensamientos.

Y, no obstante, cada día se estrechaba nuestro lazo. Ella, disipada la primer serena frialdad, ahora se mostraba ciega, vehemente en su exaltación amorosa. No podernos ver con libertad y sosiego a todas horas la torturaba.

—Casémonos —propuse un día, sugestionado por la llama de sus ojos.

—¡No es posible! —respondió precipitadamente.

No hubo medio de que revelase la razón de tal imposibilidad. Yo no la veía. ¿Que no le gustase al tío la boda? Después de todo, su tío no era su padre... Y la espina volvía a dejar sentir su punta dolorosa...

Pasó una quincena en que apenas pude cruzar dos palabras íntimas con Julia; después supe que otra vez estaba su tío postrado en la cama con su ataque reumático, y que podía visitarla libremente. Todo lo olvidamos, en una expansión de amor casi cruel.

Una noche, Julia oyó que la llamaba a grandes voces el enfermo. El tono de estas voces me movió a ir tras sus pasos, recatadamente, sin que ella lo pudiese notar. ¡Qué gra-

bados se me han quedado los menores detalles! Iba furiosa, vibrando de enojo. En la antecámara de la alcoba de su tío la vi detenerse, como si vacilase. Al fin, deslizó la mano en el bolsillo y sacó no sé qué, un objeto menudo. Luego entró resueltamente. Yo me oculté entre los pliegues de la cortina. Había poca luz. El enfermo aullaba.

—¡Ya estás aquí! ¿Qué hacías? No sé qué te traes tú escondido, no sé. ¡Pero en cuanto salga de esta cama maldita, a fe de Matías Beniel que he de saberlo, y si es lo que me figuro, encomiéndate a Dios! ¡Mira, ahí tengo mi revólver... lo oyes!

Y así rabiosamente la culata del arma y dirigía el cañón contra el rostro de Julia.

El sudor corría por mi frente. Percibía el ritmo del temblor de mis piernas...

—¡Silencio! —ordenó ella—. Toma la medicina nueva... A ver si te quita los dolores...

En un vaso de agua vertió unas gotas, contándolas rápidamente. El viejo bebió de un trago. Casi en el mismo momento se enderezó, agitando las manos y muy abiertos los ojos, como si quisiese gritar y el grito no saliese de su garganta. Ya he dicho que la luz era débil y que no estoy enteramente seguro de nada de lo que creí ver. El enfermo cayó después sobre la almohada, de golpe, como amodorrado. Hubo silencio. Julia miraba al enfermo con atención aguda.

Aterrado, me escabullí por las habitaciones oscuras hasta la sala. De la sala pasé al recibimiento; tomé abrigo y sombrero y hui escaleras abajo, sigiloso, sin razonar mi fuga. Escapaba..., porque sí. Una mano parecía empujarme, lanzarme hacia fuera.

Al otro día vi en un periódico la esquila mortuoria de don Matías Beniel, capitán de fragata retirado, y recibí un billete muy lacónico: sólo decía "Ven.. Metí ropa en una maleta, di por pretexto en mi casa un viajecillo necesario, y desaparecí de Madrid. Dos meses estuve recorriendo diversos puntos de España. Se me figuraba que me buscaban, que iban a prenderme. Luego seguí a Francia. Cuando regresé, supe por Anita Hernández que Julia no estaba en Madrid. Y ¡jamás, jamás!, llegué a conocer su paradero. — Ciertamente tampoco lo intenté.

Enigma. ¿Era Julia una mujer desenfrenada o una enamorada loca, pero sincerísima? ¿Qué sentido atribuir a la escena que presencié? ¿No podía tener la muerte de don Matías la causa más natural, un error de dosis, o el paso de una embolia, o alguna congestión? ¿Hay que dejarse llevar por la fantasía? ¿Hay que hacer de todo una novela, un melodrama terrorífico?

Sigo ignorándolo. El misterio de Julia fué varios años mi tormento. Y, de noche, su mirada me sugiere aún cosas que me estremecen. Y le he retorcido el pescuezo al amor, allá en las soledades de mi alma.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

LOS POETAS DE LA HUMANIDAD

ANACREONTE

En el humilde pueblecillo de Teos de Jonia, en 559 (antes de J. C.), nace Anacreonte. Como de todos es sabido, Anacreonte es uno de los más altos poetas que ha tenido la Humanidad, al mismo tiempo que uno de los menos comprendidos, y más beociamente interpretados. Anacreonte canta el amor, padre de la vida, dueño del mundo, y lo canta al modo pagano, esto es, ancha y noblemente; pero penetrando toda su esencia íntima, toda su humana significación, sin prejuicios ni timideces, con encantadora sencillez. Anacreonte canta al amor y canta al vino; a éste, de un modo jocundo y liberal, no al modo obscuro y reconcentrado del danés Søren Kierkegaard, por ejemplo, sino al modo aquel amplio y claramente gracioso, con que Omar al Khayyam, el admirable poeta persa, también lo supo humanamente sentir y lindamente cantar.

A través de los escasos trozos que de Anacreonte se conservan, es arriesgado y muy difícil adivinar perfectamente todo el hondo sentido que él quiso dar a su obra, que es graciosa y ligera, pero que va henchida, toda ella, de rozagante humanidad. A pesar de esta enojosa falta de datos, se vislumbra en todo lo que de él se tiene como auténtico, un hondo espíritu poético, dotado de una soberana elegancia, para la que tuvieron conocidas alabanzas los venerables labios de un Sócrates y de un Platón.

DOS ANACREONTICAS

(Traducción del griego por Publio Suárez Uriarte.)

A MI LIRA

Quise una vez cantar a los Atridas,
y a Cadmo celebrar:
tomé mi lira..., mas al ser heridas,
sus cuerdas adormidas
sólo amores supieron contestar.

Y la lira arrojando,
que a mis dedos burló,
por otra la cambié
y ensayé, las hazañas cantando
de Heracles; pero fué
en vano, que ella amores respondió.

¡Por siempre adiós, oh heroicos varones!
mi lira al amor solo da sus sonos.

ANACREONTE A SÍ MISMO

Dicenme las mujeres:

—¡Oh Anacreonte, ya qué viejo eres!

Toma un espejo, y mira como ha huido,
de tu cabeza, para siempre ausente,
el pelo, y de tu frente
la calva se ha extendido.

—Es cierto que no sé si los cabellos
aún conservo, o quedéme ya sin ellos.

En cambio, esta verdad llegué a alcanzar:
que tanto más al viejo le conviene
con cosas placenteras jugar,
cuanto más cerca de él la Parca tiene.

LA GUERRA Y EL PORVENIR DEL MUNDO

El esfuerzo y el gesto.

Es curiosa y frecuentemente cómica la actitud que quieren ofrecernos las naciones beligerantes.

Reconozcamos que mientras los aliados, desde el principio de la guerra se están devanando los sesos para adivinar lo que piensan sus enemigos, éstos no parecen preocuparse demasiado en averiguar los planes contrarios.

Aliados y alemanes contienden en el terreno del tiempo y del espacio, de la celeridad y del número; arrojando, unos plomo, y otros azogue, y mientras que los aliados hacen guerra mecánica y de tardanza, los alemanes hacen guerra dinámica y de ejecución.

En una escrupulosa clasificación de los países interesados en el espantoso conflicto (que en mayor o menor grado lo son todos), y atendiendo, para realizarla, al modo cómo reaccionan las energías de cada nación, hallamos que los alemanes, atentos principalmente a su propósito militar, desdeñan bastante el uso de las actitudes teatrales y se esmeran poco en el arte del gesto, en que son consumados maestros los aliados.

En vez de conferenciar y discutir, obran, obedeciendo a planes premeditados y bajo el impulso de una voluntad única, y presentándolos con claridad y precisión, a guarismo seco, con una lógica que no tiene escape ni puede ser por nadie controvertida.

Sócrates y Platón.

Luciano de Samosata, en el libro II de su *Historia verídica*, pretende haber percibido, en una visión de los Campos Eliseos, cómo son felices en la otra vida los diferentes sabios y héroes, cada uno de ellos a su modo. Sócrates es objeto del disgusto del gobernador de aquella feliz región, quien le había amenazado con arrojarle de ella si no cesaba en su charlatanería y se dejaba de ironías durante los festines. Platón, empero, no se hallaba en aquellos lugares, sino que habitaba en la república fundada por él, y en la cual vivía según sus propias leyes.

Paréceme que, en este infierno de la guerra, la *Entente* desempeña un papel semejante al de Sócrates, y Alemania uno semejante al de Platón.

La *Entente* tiene de la vida un sentido finito y estacionario y un concepto de la felicidad y de la civilización por completo languideciente y egoísta. Alemania, adelantándose al porvenir y consciente de que la vida es verdad y sinceridad, no quimera y engaño, se ha creado su propio ideal y va derechamente a dar mayores vigor y energías a las supremas aspiraciones económicas y sociales. Verdad es que, para lograrlo, lucha y luchará contra el mundo entero, que se obstina en conservar la diversidad de sus diferentes tipos de cultura; pero sólo las montañas que se llaman inaccesibles son las que suben con gusto y con honor. Cualquiera está orgulloso de haber ascendido hasta la cúspide del Pico de Tenerife, pero nadie se alaba de haber trepado las laderas de la Isleta de Las Palmas.

Los alemanes son fuertes, imperiosos, valientes, organizados, y en el diccionario de sus aspiraciones no existe la palabra imposible, porque lo imposible, o al menos lo más difícil, es lo que más desean. Su voluntad no encuentra límites para hacer verdaderos milagros de ejecución, en la paz y en la guerra, pero el hada que los realiza está al servicio de todo el mundo, y se llama *perseverancia*. Desde la cumbre de la nueva civilización contemplan a Alemania, no cuarenta siglos de pasado, sino cuarenta siglos de porvenir.

El factor moral.

La ventaja en las guerras, una vez que se insinúa, va creciendo en proporción geométrica, determinada por los temores y el recelo

del que flaquea, por el orgullo y reanimación del que gana terreno, siquiera sea moral, y esto ocurre a los gobernantes de la *Entente*, que, al fin, han adquirido el convencimiento de que no serán aplastados por los ejércitos de una nación con la que el mundo entero ha roto las hostilidades.

Pero ¿saben esos políticos si se ha manifestado todavía el máximo esfuerzo de la voluntad teutónica? ¿No parecen creer más bien en un recrudescimiento de las energías tudescas, fecundo en acciones decisivas, cuando les vemos uno y otro día dar de mano a sus improvisaciones infecundas y sustituirlas por una organización de más racional desarrollo, copiada servilmente de la organización germánica?

Por desdicha para ellos, es muy de temer que semejante imitación no les dé la victoria a que aspiran, y que se cumplan en perjuicio suyo las profecías pesimistas de algunos de sus más videntes ciudadanos, como se ha cumplido ya la hecha por el socialista francés Delaisi en su opúsculo titulado *La guerre qui vient*, publicado en 1911.

Una profecía y un presentimiento.

Delaisi anunciaba con tristeza que ríos de sangre de sus compatriotas iban a verterse por una causa que, realmente, no interesaba a Francia. Véase cómo se expresaba, al pensar en tal contingencia: «Los ingleses han dicho: No tenemos soldados, pero Francia los tiene. Allá abajo, más allá del paso de Calais, hay un ejército numeroso, maniobrero, bien disciplinado, bien armado, capaz, en suma, de hacer frente a Alemania. Los franceses son valientes, son belicosos, les gusta la guerra y saben hacerla. Con tal que se les saquen a relucir las grandes palabras de honor nacional y de intereses superiores de la patria y de la civilización se pondrán en marcha. Tratemos de hacer nuestro el ejército francés. No será difícil.»

Muy poco antes de estallar la guerra europea, escribía Le Bon su libro sobre *La Révolution Française et la psychologie des révolutions*, libro que termina por las siguientes palabras: «En el centro de Europa se desarrolla una potencia formidable que aspira a dominar el globo, con el fin de hallar salida a sus productos y a una población creciente, que pronto será incapaz de alimentar.» Y al señalar y apuntar tan sobriamente el hecho maquiavélico, Le Bon se proponía sencillamente advertir a sus compatriotas, que si Francia continuaba rompiendo su cohesión «por luchas intestinas, rivalidades de partido, persecuciones religiosas rastreras y leyes que pongan trabas al desarrollo industrial», su significación en el mundo terminaría en breve plazo y se vería obligada a ceder el sitio «a pueblos sólidamente unidos que hayan sabido adaptarse a las necesidades naturales, en vez de pretender remontar su curso».

Bien puede afirmarse, que si no hubiera estallado tan pronto el cataclismo, habría sido por haber querido Dios que las naciones europeas estacionarias se hubieran podrido lentamente, y se hubieran pulverizado todas en basura, para mayor fertilidad de la flora que habría venido después.

Germanófilos conscientes.

No faltan espíritus desmayados y superficiales que dicen: «Amamos a Alemania, pero no a la vencedora de las naciones vecinas; no al gigante, que espuela en bota, cubierta la cabeza con el férreo casco, se pasea triunfante por la Europa estremecida, sino a la tierra generosa en donde el idealismo sentimental forma parte integrante de la vida diaria hasta de los más humildes e ignorantes; en donde perduran en el pueblo, bajo transparentes disfraces cristianos, las leyendas de *Odín*, de *Thor*, de *Sigfredo* y de *Brunilda*, y en donde la canción popular, como inmortal nodriza, arrulla en su regazo, consolándolas y afebrándolas, a las generaciones que pasan

sobre el haz de la tierra, peregrinas hacia el sepulcro como las ondas de los ríos a la mar.»

Los que usan este lenguaje de romanticismo trasnochado (sin perjuicio de increpar a Alemania con todos los vocablos insultantes, groseros y desvergonzados de la lengua española), ignoran u olvidan la razón, por la que, en los países neutrales, nos llamamos sin rebozo germanófilos, los que lo somos de un modo genuino y consciente.

Decía el gran Bolívar, defendiéndose de acusaciones de ambición partidista y de seducción intrigante, que él no era partidario ni de Cristo, y que si le seguía no era por espíritu de partido, ni porque le siguiesen naciones enteras, sino porque estaba íntimamente penetrado de la santidad de su doctrina, y de que era el verdadero Dios.

Tampoco nosotros fundamos nuestra germanofilia en preocupaciones políticas, ni en admiraciones irrazonadas, ni en preocupaciones religiosas, ni en ansias reaccionarias; y sí, por lo contrario, en el convencimiento de que el mundo necesita una renovación radical, y que esta renovación sólo puede conseguirse por medio de los procedimientos pedagógicos, económicos, científicos, técnicos y sociales que en Alemania imperan.

El triunfo trascendental.

Sin que merezca el calificativo de cruel, la Alemania militar y guerrera viene manifestando energía y tenacidad de carácter que adquirió en las empresas civiles y en el estado de paz y que cuesta trabajo concebir en los países donde ese género de mentalidad es desconocida. Conscientes de ello, los aliados se han opuesto una y otra vez a que la contienda termine sin la realidad de una

Alemania vencida e impotente para toda lucha futura (no sólo marcial, sino económica).

Quien aún dudara de que esta guerra había de convertirse en pugna de aniquilamiento, debe variar de opinión.

Con toda la perversidad que dan las supremas exigencias de la vida, la inmensa falange de pueblos que componen la *Entente* no vacila en mirar frente a frente a una nación sola, considerando una vergüenza rendir su superioridad de fuerza y de número y los infinitos recursos de que dispone ante un pueblo taponado por estrechísimo bloqueo.

También el gobierno alemán se ha dado cuenta de que el pueblo alemán debe esforzarse por contener la avalancha enemiga, y que para ello no cuenta más que con sus propias fuerzas y con el auxilio de las tres únicas naciones que se han puesto a su lado. Y para dar efectividad a semejante esfuerzo, decretó la *movilización civil* por una ley que hizo obligatorio el servicio nacional, y en cuyo cumplimiento no establecen las categorías sociales la más leve diferencia. Si esta patriótica organización (que ha tenido gran repercusión en la vida económica del país, y que encuentra un apoyo formidable en la intensidad, cada vez mayor, de la campaña submarina), consigue su objeto, el fracaso de la *Entente* no es dudoso.

Y entonces callará la envidia y enmudecerán el resentimiento y la parcialidad.

A Alemania se deberá la terminación honrosa y la transcendencia venidera del conflicto, y los que infatuados presagiaban la desaparición de aquel Estado, se verán confundidos y llenos de vergüenza.

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO.

LAS AGUILAS BLANCAS

Hacia el Occidente
las águilas blancas tendían su vuelo triunfal.
Un clarín arrojó bravamente
su flecha sonora, vibrante y marcial.

El nido aquilino
vió partir a las aves caudales
y dió su presagio feliz el divino
gnomo que embruja los viejos castillos feudales...

La ingente bandada
tocó en una cumbre
más allá de la margen izquierda del Rhin...
(Y en el agro se erguía dorada
la espiga, y fulgía su lumbre
la espada en las bélicas fraguas de Berlín)

La brava tizona de Alberto Quijano
quebróse en el tórax del héroe germano,
y era Alberto un real adalid,
romántico y digno de ser castellano:
el alma, de vate; el brazo, de Cid...

Magnífica, alzóse Lutecia...
¡La raza latina
de estirpe divina,
la débil, la recia!...

Los galos sus arcos tendieron,
al cielo sus dardos lanzaron,
a tierra, de nuevo, los dardos cayeron...,
¡y las águilas blancas pasaron!...

El oso de Oriente, el coloso,
herido por hierro del amo en sus ancas,
lanzó dos bramidos, su zarpa alzó el oso...
¡y pasaron las águilas blancas!...

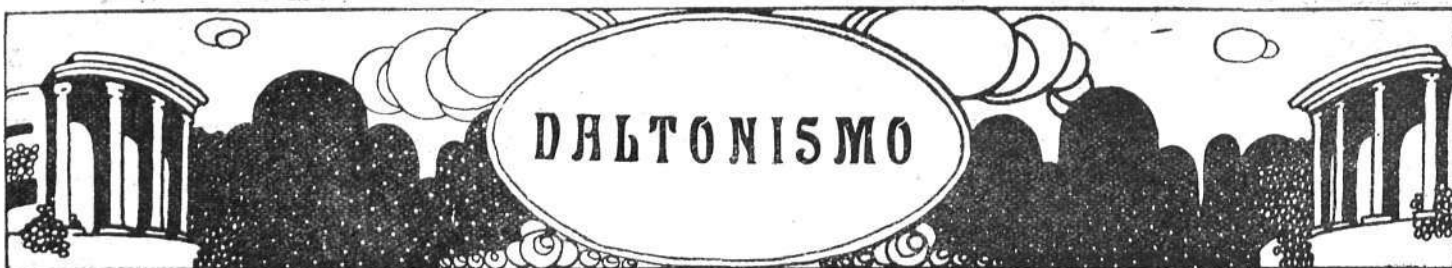
Libérrimo, fuerte,
Leviathán imperaba en el mar;
gran señor del despojo y la muerte,
siervo en el intrigar...

Y el joven tritón
que en el Báltico tiene su gruta,
blandiendo el arpón,
retóle a Mercurio —la moneda bruta
y hundióle el acero en el corazón...

Nuevos nidos en cumbres extrañas
hicieron las bravas aves imperiales...
Nuevos nidos en blancas montañas,
con ramas de eternos laureles triunfales...

Un día en los lagos prusianos de Oriente
de nuevo surgió Lohengrin
que pudo ceñir a su frente
el lauro sagrado en aguas del Rhin...
Y otro día, las puertas del viejo Poniente
abrióronse francas,
y el clarín resonó bravamente,
y pasaron las águilas blancas...

M. ALVAREZ CERON.



El capitán del submarino exclamó:

—¡Qué atrocidad! Navegan con la bandera francesa desplegada.

—Y además —dijo un oficial— la han hecho pintar en grandes franjas a los costados del buque.

—¿La ve usted bien?

—Perfectamente. Es la bandera de Francia.

—Es absurdo. Antes de hundir ese barco veamos si va tripulado por locos.

Al primer cañonazo *El Cabo* intentó escapar; pero el submarino, a flote, era mucho más veloz y sus artilleros excelentes cazadores. El tercer disparo tocó al fugitivo tronchándole uno de los paños. Tan cortés aviso le obligó a detenerse.

Como la imagen del mercante iba creciendo sobre la lámina hialina al acercarse, los tripulantes del buque submarino se explicaban menos la temeridad de singlar por aguas del Atlántico, frente a costas españolas, en un barco francés haciendo ostentación de tal nacionalidad.

—Puede tratarse de una de esas máscaras marinas que dicen haber ideado los ingleses. Dentro de ese casco, de apariencias de mercante, puede ir disfrazado un torpedero. Por mi partelo cañonearía sin mástrámites —dijo el oficial.

—No hay que temer nada —opuso el capitán—. Mis prismáticos me permiten afirmar que no existe engaño. Hemos detenido un barco francés con bandera francesa.

Del barco detenido arriaron un bote que pronto vino, bailoteando sobre las olas, hasta el costado del submarino. La estupefacción de los alemanes subió de punto al oír que los tripulantes de aquel barco francés, con bandera francesa, se expresaban en español.

—Somos españoles —decían—. Venimos de puerto español y a puerto español vamos. He aquí nuestros documentos.

El capitán del submarino examinó aquellos papeles justificativos de lo dicho por el marino español.

—¿Por qué esa locura de llevar en el casco y en la tela los colores franceses?

—¿Cómo franceses? ¿No ve usted que son españoles?

—Perdonen ustedes —ratificaban los teutones—. Nosotros vemos ahí la bandera de Francia.

Sobre este particular era imposible un acuerdo.

Pasaron a bordo del mercante varios oficiales del sumergible y examinaron la carga.

—Esto es contrabando de guerra.

—Lo será, pero como vamos a puerto español...

—¿A qué puerto?

—Al puerto X.

—Es inexplicable. En el puerto X no hay fábrica alguna a la que se puedan destinar estos productos químicos, este cobre, este acero, estos aceites. Ni en el puerto X ni en muchas leguas a la redonda existen manufacturas que utilicen estas primeras materias. Por otra parte, el puerto X no es lugar de enlace ni punto de partida para comunicaciones interiores. Comercialmente sería una insensatez situar esta carga en el puerto X. Permítame usted, señor capitán español,

que yo califique de inadmisibles la alegación de esa ruta disparatada. Con los fletes a los exorbitantes precios de hoy es increíble que nadie envíe desde Z a X lo que ustedes dicen conducir allá.

Los tripulantes del barco, con banderas francesas, respondían:

—Pues ahí verá usted.

—Concurre, además, una circunstancia significativa. El puerto X está muy cerca de Francia. Desde el puerto X a Francia todo este contrabando de guerra tal vez pueda ser exportado con facilidad...

Los tripulantes del barco, con bandera francesa, replicaban:

—Pues ahí verá usted.

—Velay.

El barco mercante fué hundido. El capitán español que lo mandaba afirma que era española la bandera. El capitán del submarino asegura que la bandera era francesa.

Como el navío está en el fondo del mar es imposible fallar este pleito.

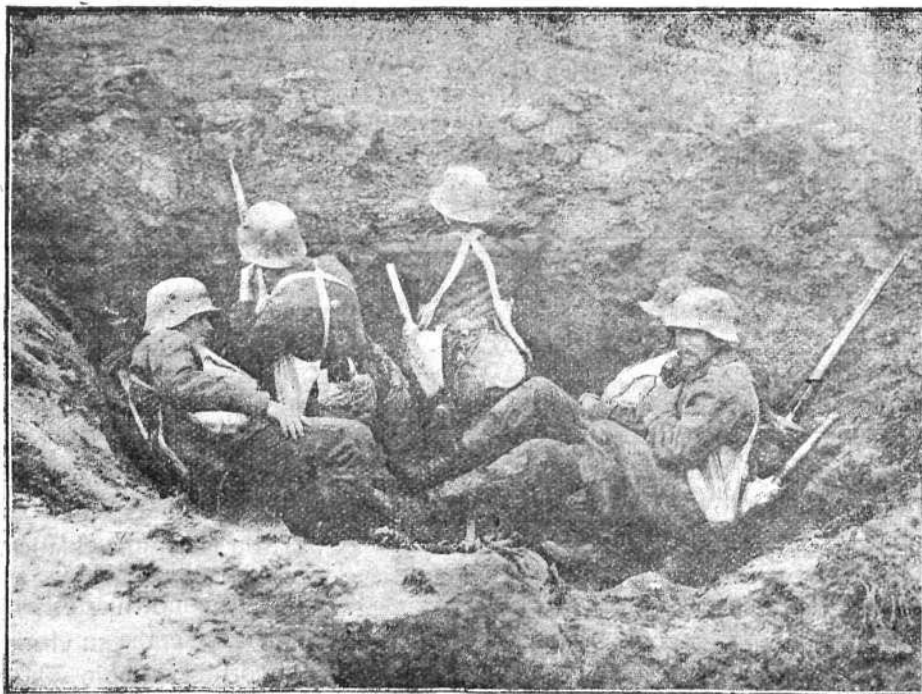
¿Se tratará de un caso de daltonismo? ¿Cuál de los dos capitanes vió unos colores donde había otros?...

Averigüenlo los médicos. Entretanto, lo prudente, para evitar estas lamentables consecuencias de la acromatopsia, es no ampararse en la bandera española para exportar contrabando de guerra con rutas sospechosas.

Porque el país que sabe cómo el conflicto de los transportes, el hambre, tienen por causa falta de barcos españoles, que con bandera española se dediquen a navegar para servir a la Patria, puede llegar a padecer también de la vista, puede llegar a cegar... de ira.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

La ofensiva del Tsonzo.



Alto en un embudo de granada.



APUNTES DEL CAMINO

AVILA

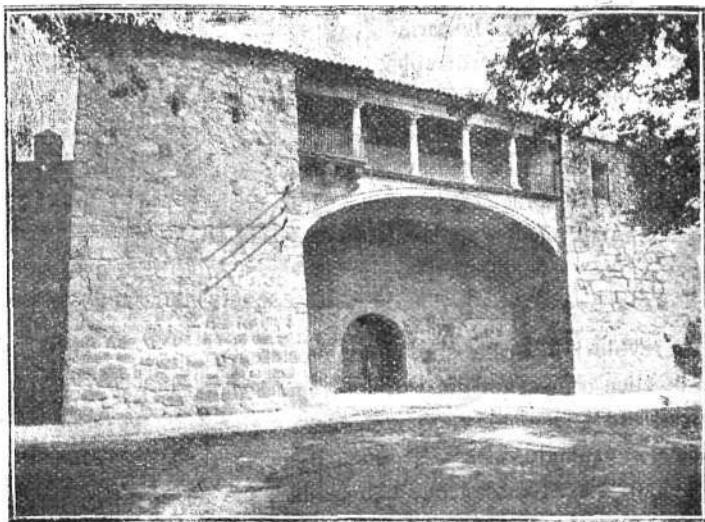
De noche, Avila, dormida y como abandonada, resuena toda ella como un bronce sonoro. En el silencio de sus calles tortuosas, medio alumbradas por tenues farolillos, el viajero se escandaliza, se asusta con el ruido de sus propios pasos. —¡No, no hay derecho —se dice— a turbar tanta paz!

Mas he aquí que, al volver de una esquina, he topado con un sereno; más allá, unos románticos enamorados «pelan la pava» al clásico modo español; más allá, una criada, suspirando, llamaba en la botica. El viajero entonces se comenzó a tranquilizar. —Esta ciudad no está deshabitada —añadió—. Aun se guarda, aun se ama, aún se sufre en esta vieja y noble ciudad.

Pero al viajero esta vida de ahora en la ciudad, no le interesa un punto. Las vidas nuevas en las ciudades viejas, las *vidas modernas* de León, de Santiago, de Toledo, son algo tan trágico y tan cómico, que, además de no interesarnos, mueven a compasión. El viajero, este viajero, aquí, sólo busca la vida ya pasada. En la vida pasada, es donde puede fantasearse sin temores ni cortapisas. En la vida pasada es donde sólo puede hallarse el alma entera de las viejas ciudades, estas almas heroicas que se fundieron en la historia, o se esfumaron sutilmente en vaporosa tradición.

El viajero avisado que intente paladear el encanto de las calles de Avila, no ha de esperar a que la luz del día le venga crudamente a romper la ilusión. En estas horas calladas, en estas horas de misterio, puede rememorar unos instantes todo su glorioso pasado de la antigua ciudad española, donde todas las cosas tienen ceño guerrero y militar. Estos palacios castellanos le hablan de grandeza y señorío, le hablan de sangre real. En uno de estos viejos palacetes vivieron los Laras, quizá (acaso en este mismo que ahora tengo delante, con el ancho portón extendiéndose y cubriendo una gran parte de fachada) los conjurados contra D. Alvaro de

en una gran parte de la forma todo queda intacto e igual. La historia, al adentrarse por una de estas viejas ciudades como los ríos en las peñas, las socaba, las mina, las modela a su gusto y a su satisfacción. Esta calle, por ejemplo, que recorro yo ahora, no



Avila.—Puerta del Rastro y Arco de Doña Guiomar.

tendría esta curva si la recia muralla no la empujara para acá. Esta plaza tan triste, detrás de este convento, no tuvo en tiempos otro origen que la piedad ferviente de este alto prócer de Castilla, cuyo palacio se alza enfrente, un poco más allá. Estos caños, allá en su origen, fueron aljibes estratégicos para en casos de cerco. Y así, todas estas cosas venerables que, incorporándose a la vida pasaron antes por la historia, nada ni nadie, sin contraerlas totalmente, las podía nunca transformar.

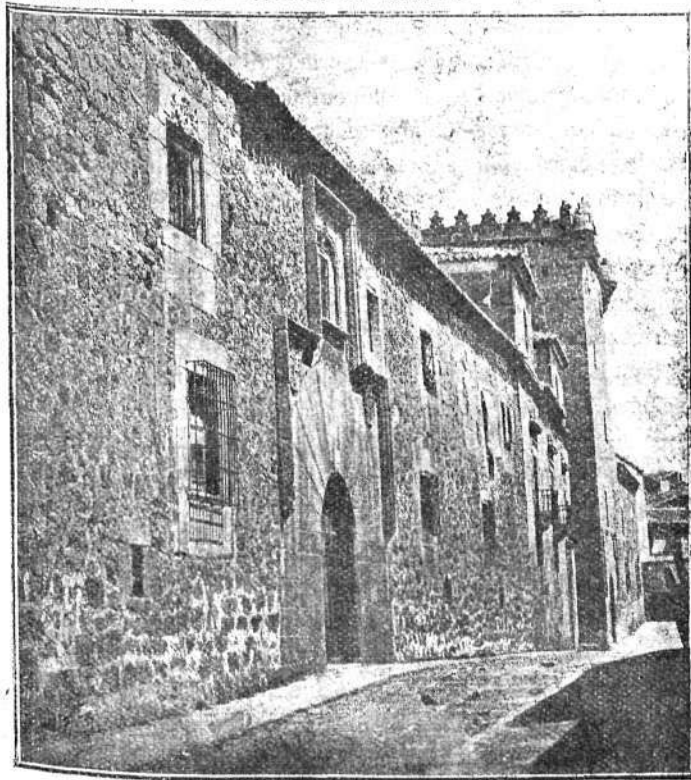
Mas para ver todo esto, hace falta la luz de noche: una luz que sea de estrellas y sea también de corazón. A la luz del día, los detalles, las cosas pierden tanto de su encanto interno como ganan al exterior. La catedral, por ejemplo, esta linda y modesta catedral de Avila, construida sobre otra antigua romana, con un recio aire de fortaleza, esta histórica catedral, bajo cuyas anchas bóvedas se reunieron los Comuneros de Castilla, vista con luz de estrellas también toma un nuevo valor. Bastante empotrada en la muralla, como su prisionera, de día es una de las muchas severas catedrales de España. Mas contempladla ahora; ved que nuevos y acusados valores toman sus recios contrafuertes; observad cómo esta torre humilde, parece que se alarga y se pierde en las sombras y penetra en las nubes hundiéndose en el cielo. ¡Y estos maceros en granito que parece que viven! ¡Y esas ricas molduras y ornamentos, que con el claro oscuro que les prestan las sombras, toman nueva y animada expresión!...

¡Pero, esperad! Vamos a atravesar ahora esta Puerta del Peso; vamos a atravesar esta plaza de San Vicente; vamos a salir a las murallas, para que cuando venga el día no nos coja desprevidos la luz en la ciudad... En qué silencio yace todo... Duermen las calles, duermen las piedras, duermen las murallas, todo duerme en esta hora, como envuelto en un gran regazo de pura y santa paz. Pero en los campos, no. De los campos vienen ruidos diversos: un río que se arrastra; el ladrido de un perro; unos arrieros que llegan al fiello... En un rincón del cielo comienzan a quebrarse las sombras. Va a despertarse ya la ciudad... En los cielos ha reído el alba...

Y cuando viene esta luz blanca, esta luz pura, esta luz de Santa Teresa, que sólo existe en Avila; cuando comienzan a adentrarse los ruidos de los campos por las calles de la vieja ciudad, y la despiertan y la sacuden... ¡Viajero, huye!... ¡No vuelvas la cabeza!...

Unas mujeres, que en la Biblia las volvieron curiosas, quedaron convertidas en estatua de sal.

LEÓN MARTÍN-GRANIZO.



Una calle de Avila.

Luna, se reunieron para conspirar. Estos conventos tan cerrados le hablan de fe, le hablan de poesía. Estas recias murallas que lo circundan todo, le hablan de antiguos heroísmos, de fuerza y de valor.

En el fondo, muy en el fondo, algo se ha renovado acaso; pero

Hacia la revolución.

La literatura de la revolución

Hablar de la revolución en los mismos días de la revuelta, a contrapunto con los gritos del motín, que explotan en la calle como gruesas, cálidas, burbujas de fermentación..., escuchando el duro chisporroteo de las ametralladoras..., no es hablar de la revolución serenamente. Los grandes tratadistas de la revolución —aparte los testigos, autores de diarios— escribieron de ella antes o después, como profetas o como historiadores.

Pensaron y escribieron sobre la revolución temiéndola o amándola, siempre apasionados; bajo la opuesta amenaza de la venganza o de la censura.

Ahora, nosotros, en relativa paz interna —salvo agitaciones locales por móvil antielectoral— hablemos de la revolución española, sin pavor ajeno y sin propio escrúpulo, serena y limpiamente.

La esencia de la revolución

La revolución, en España, sería un crimen, si no fuese una lección de ética transcendental. Para corregir abusos del poder ejecutivo está el Parlamento, y en su clausura y siempre para la propaganda y el estímulo, está la Prensa. Los excesos del poder judicial se corrigen —verdad que ello es un poco absurdo— ante el mismo poder; y esto apelando, recurriendo hasta en revisión. Desmanes legislativos de los ministros corrige el Tribunal de lo Contencioso.

La inmoralidad actual de gobiernos y autoridades, de poderes y justicias, no justifica la revolución nunca.

Todas las revoluciones históricas, ¿por qué se hicieron? ¿Para qué? Porque el ansia de perfeccionamiento mordía estérilmente la horma estrecha, impuesta por la casta dominadora. Para romper los marcos de hierro de un régimen de cuadrícula, sin margen a posibles expansiones.

No fué la lucha por la simple existencia —entonces mejor asegurada—, sino la lucha por el perfeccionamiento. He aquí la esencia legítima de la revolución.

El programa clásico de la revolución

Antes que la ciencia formulase su moderno concepto de la vida, ya la experiencia no sistemática entendió la vida como una corriente de fuerza útil, que llamó «riqueza», y fué todo su esfuerzo para detenerla, y puso todo su hábil cuidado en embalsarla, y surgieron las grandes fortunas, y a su sombra las nobles estirpes, y de las tablas de la ley se fabricaron diques y esclusas, que se llamaron os «privilegios», los «fueros», las «prerrogativas», los «beneficios», las «vinculaciones...», molde y andamio de las castas, las clases políticas.

Hasta un día en que la presión de la corriente vence la resistencia del dique, y la balsa se desborda... Desde entonces el hecho se constituye en ejemplo, y el pueblo, hambriento de justicia y sediento de derechos, pide la abolición de los privilegios y los fueros, las prerrogativas y los beneficios, las vinculaciones y las exenciones.

Es el programa clásico de la revolución.

Y la revolución, ¿cumplió todos sus fines? Abolida la esclavi-

tud, los privilegios, las vinculaciones, los fueros...; puestos sobre un pie de igualdad los hombres, bajo una norma común las cosas, abiertos los caminos de todas las posibilidades legales, ¿qué falta?

Tenemos la igualdad legal; acaso la igualdad moral nos falta. Todos podemos, con igual capacidad legal ocupar todos los puestos públicos. Somos, en la hipótesis de la ley, iguales. No todos podemos, con desigual capacidad moral, alcanzar esos puestos. En la tesis de la costumbre somos desiguales; perdurablemente, inexorablemente, desiguales.

La casta gobernante

Recordemos que no fueron abolidas las castas... Ciertamente que no existe la casta sacerdotal, ni la judicial, ni las profesionales. ¡Hurra! Pero poseemos una gloriosa casta gobernante. Nuestro régimen hereditario se extiende, espléndidamente, desde el Trono al Parlamento. Son reyes los que nacieron príncipes; son diputados los nacidos de ilustres padres ministros y sus afines y deudos, y los héroes que pasaron, no importa como, la aduana nupcial, y los fieles policías honorarios de sus casas, bien probados en menesteres de íntima domesticidad, y los prudentes preceptores de sus hijos, y aún sus honrados camaradas, hábiles en bravas aproximaciones...

Son «ellos»... ¡Ellos! Los del lado de allá, los que desde el aula de la Universidad supieron ya seleccionar amistades de condiscípulos, más que maestros, y estudiar caracteres mejor que libros, y cultivar el trato antes que la ciencia. Esos que nada publicaron, sino tarjetas de visita; ni jamás escribieron, fuera de amistosas cartas, y no concurrían a más conferencias —como no fueran de amigos políticos— que a las muy respetuosas o familiares en salas y gabinetes de próceres señores o damas (mejor damas), y no prodigan saludos, en la calle, como no se dirijan a nobles, altas personas, ni recuerdan otras fechas históricas que las de los natalicios, ni conocen otras lenguas que un pobre francés de *boudoir*, o los números cardinales de un triste inglés de *sport*. De música sólo entienden la del baile, y de pintura, los retratos, y de escultura, los bustos..., y de orfebrería, las joyas, y de arquitectura, las habitaciones. Para ellos es estética la riqueza, a través del juicio equivoco de las cosas «bien»; es ética la política, que sabe lograr el éxito, huir prudentemente del ridículo (su equivalente de la infamia); es política la economía, que busca sobre todas las cosas el lucro; es economía la sobriedad —con ficciones de lujo—, que suplanta la producción con el ahorro, y la sobriedad es cobarde miedo al mañana, más que noble virtud de austeridad, que suprime el exceso de gasto en favor del menesteroso.

Son «ellos»... Y de ellos es este reino, todavía...

Para «nosotros» está cerrado el horizonte de las posibilidades. Apenas si «nos» consienten ser médicos o abogados, o ingenieros, o comerciantes... «Nosotros» no podemos ser industriales, que nos faltan el capital y el crédito, y no nos es lícito ni aún llegar a diputados, ya que tanto subió la cotización de las acciones políticas, y no tuvimos la suerte de salir oriundos de un conducto prócer... «Nosotros» no cabemos en este régimen, que repite, en cada familia, el noble ejemplo esotérico de una cerrada dinastía.

Una esperanza

Nuestro único porvenir es huir, camino de América; allí donde no existen aristocracias, ni dinastías, donde no hay castas dominadoras.

Mas, ¿no fuera eso cobardía? Sí; ¡qué más quisieran!... ¡Y no ha de ser! Quedemos aquí, más que por nosotros, por la generación que nos suceda. Acaso ellos lo hicieran — lo que se ha de hacer — menos serenamente. Hagámoslo nosotros, sin violencia. ¿Solos? No. Seamos optimistas, que aún le queda a España un glorioso Ejército, y él, que supo dar el primer impulso, podrá continuarle. Y sepa él que para la opinión culta de España se cubrió de gloria en la acción de Barcelona del 1.º de Junio, más que en todas las heroicas acciones de Africa.

Hagamos la revolución social — se ha dicho — para evitar la revolución política. Noble aspiración, si fuera posible. Nosotros decimos: volad las murallas, y se extenderá la ciudad. Nos dicen: propagad las nobles, las altas ideas, y huirán espantados los viejos ídolos; y yo pienso: ¡inútil! mientras perdure entre nosotros el alto ejemplo inmoral de un privilegio de casta, todos aspiraremos a fundar castas..., a imponer nuestra casta, a erigir mausoleos semovientes en la esterilidad fúlgida y fría de los salones...

La funesta transcendencia premial

En el Antiguo régimen, la ley y las costumbres eran tan crueles como la naturaleza. Con la triste herencia de las enfermedades concordaba la transcendencia penal. Si los hijos de los padres, que comieron agraces, padecían dentera, la ley se encargaba, además, de arrancarles los dientes... Eso era la infamia, eso era la confiscación. Y la revolución, noblemente, abolió la confiscación y la infamia.

También el Antiguo régimen hacía buena gala de su memoria, y, premiando los servicios y heroísmos de los padres, en los hijos — esto, para siempre — nace la aristocracia. Pero la transcendencia premial, más que estímulo de noble emulación, ejemplar de estirpe, se convierte en cómoda soberana negación al esfuerzo. Y es sarcasmo, cuando se posee sin mérito la gloria. Mejor que obligación, a que fuerza la nobleza, fué pronto disculpa de vicios y excusa de crímenes. Y es infamia la nobleza que se emplea innoblemente.

Nuestros titulados «grandes de España» — esos grandes natos — ¿para qué han de esforzarse, si ya lo son, en ser grandes? Ahora la grandeza española se acuerda de que es clase social, y

quiere, políticamente, unirse. ¿No sería mejor que hiciese acto de conciencia, procurando, moralmente, justificarse? Quieren dominar, todavía, yendo en busca de la opinión. ¿Por qué no dominarse y buscarse a sí mismos? Básteles, por ahora — salvas honrosas excepciones, bien conocidas y admiradas —, la paz en que les dejamos trotar por las dehesas de *sport*, y hacer el ridículo arruinándose, y cambiando escudos de colores por escudos de oro, con los eternos salvajes de nuestra propia América.

La revolución debe abolir, por inmoral, esa aristocracia hereditaria.

Cortes disolventes

Con pretensiones de Constituyentes, se han convocado unas Cortes. Cortes en flor — que acaso malogre un cruel intento —, esperemos vuestro pobre fruto. Cortes pseudoconstituyentes, nada constituiréis. Pero, acaso, en vuestro seno andrógino, surja pronto el monstruo de la copla, que ponga en buena música un noble poder expectante. Ese poder necesita una prueba de evidencia para proceder, y vosotras seréis el *experimentum crucis*...

Cuando vuestra descomposición hieda, alguien puede, sin escrúpulo de conciencia, echar allí la simiente del nuevo árbol... Y no hay que temerlo: su sombra mata a los que se duermen debajo, no a los que laboran. En el palo de vuestra cruz morirá este régimen de castas... Os compondréis de unas cuantas nobles familias, de unas cuantas acaudaladas empresas, y allí, en la jaula del hemiclo, allí os devoraréis. La vieja política profesional, que compró con dinero prestado estas caras actas, luchará con la nueva industrial que se lo prestó, zarandeándose con la furia del acreedor y el deudor, el día amarillo de la quiebra. La una se llama partido liberal y conservador; la otra, regionalismo. De un lado, García Prieto y Dato; de otro, Cambó y Cierva. Romanones, el inválido, azuzará y clavará el puñal, acaso... Alba, que ahora sufre, calladamente, se unirá — tal vez — al segundo grupo, lanzando la red de un programa que éstos no tienen; tal vez, suplante a García Prieto, a la segunda sesión... y luche hábilmente contra ellos (esto es lo probable). Maura presenciará, en tanto, la lucha serena, olímpicamente, con la pena en el corazón y la ironía en los labios. Y más arriba de la política, acaso por un reciente ejemplo anunciado, florezcan sueños de cuento de hadas, en un remoto legendario país, donde tan bellamente entona un encanto regio.

QUINTILIANO SALDAÑA.

LA VIDA CULTURAL

EN CONTRA DE LOS ENEMIGOS DE NUESTRA CULTURA

Hacia la reforma de nuestra enseñanza

El instinto de conservación ha despertado en la Universidad española. Por primera vez los profesores defienden sus métodos desde las columnas de los diarios. Frente a las huecas y falaces frases de Burell, resuenan las nobles y reposadas palabras de Saldaña, Olariaga y Alberto Jardón. Y no son ya los profesores; un grupo de estudiantes, que estudian y piensan, desde su revista *Filosofía y Letras*, protestan, de la supresión de grados, para demos-

trar a su Excelencia que «no todo es *galería*» entre los alumnos.

El conato de renovación que estremeció los bajos fondos de nuestra política, alcanzó también al Ministerio de Instrucción, y aunque no se manifestase ciertamente en el nombramiento de ministro, influyó en las designaciones de alto cargos. El Sr. Rodés, hombre afable y mundano, no tiene otro mérito que el de estar rodeado de personas preparadas, y es lástima que su carácter, demasiado acomodaticio, y sus ambiciones políticas, le tengan en constante pavor y sobresalto. Pero siempre tendrá el Sr. Rodés la honra de

haber refrendado: el Real decreto de formación automática de los Tribunales de oposición, el de Inspección de la enseñanza, y el de reorganización del Profesorado auxiliar.

Dictamen sobre las reválidas

El Ministerio, perplejo ante el problema de las reválidas de Licenciatura y Doctorado, acude al Consejo de Instrucción pública. Los ministros quieren sacudirse el polvo de la responsabilidad: son hombres y son políticos, y necesitan prestarse mutuo auxilio y mutuo encubrimiento. Ni siquiera el «republicano» Sr. Rodés se hubiera atrevido a disgustar al *colega* Burell, que es, o era —¡quién podrá adivinar el íntimo sentir del «maestro de periodistas»! —, garciprietista.

Cajal, Azcárate y Carracido, tres Consejeros, cuyos nombres no necesitan comentarios, fueron encargados, por el Consejo de Instrucción pública, de redactar el dictamen. Un día, reunidos esos tres españoles en el Laboratorio de Cajal, cumplieron su alta misión patriótica, cristalizando en breves conclusiones las aspiraciones universitarias. La ponencia contiene dos puntos: que se restablezcan *inmediatamente* las Tesis doctorales, para que España no constituya una vergonzosa excepción en el mundo civilizado; y que, mientras subsista la ley de Instrucción pública, es preciso se realice algún ejercicio final para poder obtener el grado de Licenciatura. Si las reválidas suprimidas eran anticientíficas e insuficientes, que cada Facultad proponga otras fórmulas.

El pleno no ha examinado ni votado aún este dictamen: los nombres coaccionaban con su prestigio y era necesario buscar una salida. D. Nemesio Fernández Cuesta (burelista apasionado, que se hizo famoso como presidente efímero de las oposiciones a la Cátedra de Patología quirúrgica en la Universidad de Madrid, y que para salvar la integridad corporal tuvo que renunciar a su *cargo*... y al *encargo* de Burell), propuso que la ponencia quedase sobre la mesa para examinarla más adelante. La intención se adivina: eran entonces días de vacaciones y convenía, a Burell y sus secuaces, esperar hasta la vuelta de los estudiantes, que tal vez defendiesen aquel famoso Decreto con amenazas o realidades de huelga. Mas ¿qué hará la juventud estudiosa, frente a los nombres de Cajal, Azcárate y Carracido?

El Consejo de Instrucción pública

: enemigo de nuestra cultura :

El Consejo de Instrucción pública —que se deja influir por hombres como el Sr. Fernández Cuesta — sólo puede denominarse así por ironía. Entre sus miembros hay algunos que se mantienen en posición bípida por un milagro de equilibrio. Los vocales, que según la ley (de 17 de Julio de 1857) no podían pasar de 30, se elevan hoy a más de 100, y como el número de vocales natos es indeterminado, según la legislación vigente, resulta que, por *incremento latens*, el Consejo se *enriquece*, frecuentemente, con nuevos exministros y exsubsecretarios de Instrucción pública, exdirectores de primera enseñanza, y toda suerte de expersonajes...

En Italia sufren el mismo mal; pero los críticos italianos, con más decisión que los nuestros, acusan. Desde las revistas, al dar cuenta del libro de Tambaro (*Il problema universitario*, Campolasso, 1916), se reclama, para que la reforma universitaria sea fecunda, que «ante todo debe abolirse el Consejo Superior, un verdadero nido de las más insanas influencias». ¿No ha pensado el Sr. Rodés, o las personas que le aconsejan, en reformar nuestro Consejo?

El Claustro rechaza a los

: doctores sin reválida :

En 22 de Enero, el Claustro extraordinario, en uso de facultades autónomas (que le confiere el art. 14 de la ley de 8 de Febrero de 1877), niega a los seudodoctores de Real Gana ministerial, el derecho de intervenir en la elección de senador por la Universidad. El Sr. Doval, «abogado criminalista», defendió a sus colegas sin reválida. Pero la causa no se veía ante jurados, y el Sr. Doval sólo es capaz de mover esas sencillas conciencias, preparadas previamente para la resonante absolución...

Los seudodoctores se agitan actualmente para conseguir lo que el Claustro les negó. *Exceso de política*...

En cambio, ante el Real decreto que les privaba de ser auxiliares en la Universidad, guardaron una actitud indiferente. ¡No vale cubrir las apariencias! Esos doctores sin reválida no defienden su título por altas consideraciones científicas; tratan de obtener su validez para cotizar, en el mercado de la influencia, su voto. Verdad que es para lo único que les sirve...

Designación automática de los jueces

Un Real decreto (de 1.º de Diciembre de 1917), trata de «Sustraer los nombramientos de jueces de los tribunales de oposición a toda influencia extraña a los fines de la enseñanza.» Esto es una viviente censura al Consejo de Instrucción pública, en cuyas manos estaba la facultad de formar esos tribunales. El primer requisito para ser catedrático era procurarse un tribunal... y para conseguirlo se hacía la anteoposición en el Consejo...

Además, el cargo de juez era tan codiciado, que se vinculó en un corto número de personas, demasiado cortas, pero cuyos nombres largos se repetían escandalosamente en casi todas las oposiciones.

Ya no surtirán efecto las influencias, ni se vinculará en unos pocos el apetecido cargo. El presidente será un consejero de Instrucción pública y los vocales, cuatro catedráticos de la asignatura que resultarán automáticamente designados, turno, entre los más antiguos y los más modernos.

Inspección de la enseñanza

Otro Real decreto (de 20 de Diciembre de 1917) organiza la Inspección sobre Institutos y Universidades, a fin de informar al ministro acerca del estado de la enseñanza y de sus deficiencias; de proponer reformas, y de servir de órgano de comunicación entre el gobierno y los establecimientos docentes.

A más de los inspectores generales de Enseñanza y de la Inspección provincial, ejercida por los Rectores, el Real decreto confía a los catedráticos de Universidades la facultad de inspeccionar, a cuyo fin se formará una Comisión inspectora. (Art. 23.) Si un mal entendido compañerismo, o una previsora discreción, no esteriliza los posibles frutos, este precepto promete ser fecundo para acabar sin ruido con los profesores desprovistos de ciencia y de escrúpulos, que cobran íntegro su sueldo y permiten que vaya a explicar su cátedra un auxiliar gratuito, mientras ellos se ocupan en negocios más lucrativos, o descansan en su vejez, afectada de involución mental acaso...

Y he aquí una plausible novedad: la inspección de los alumnos sobre sus profesores. El inspector general de enseñanza ha ordenado que este artículo se fije en los tablones de anuncios de cada Facultad. En algunas no se ha cumplimentado la orden — pensemos piadosamente y atribuyámoslo a negligencia — pero ¡inútil! porque

con el fin de darlo a conocer a la juventud académica, *RENOVACIÓN* lo transcribe:

«Tanto los alumnos oficiales de las Universidades, como los de los Institutos generales y técnicos, podrán comunicar a las Comisiones inspectoras, en escritos breves y respetuosos, las deficiencias que observen en el material y en los servicios del Establecimiento a que pertenezcan. Estos documentos, informados por las Comisiones inspectoras, serán remitidos en el plazo más breve posible, por los inspectores provinciales y subinspectores, a la Inspección general.» (Art. 31.)

Reorganización del Profesorado Auxiliar

Aun otro el Real decreto (de 21 de Diciembre de 1917), y con él la categoría de Profesorado Auxiliar recobra, entre nosotros, su verdadero carácter. Hasta ahora los Auxiliares numerarios constituían una categoría teratológica. Eran inquilinos de la enseñanza, que no llegaban a alojarse en un piso, y que se contentaban con alquilar, para habitarle perpetuamente, el rellano de la escalera. Después del nuevo Decreto —redactado con gran obscuridad— el Pro-

fesorado Auxiliar será temporal, el cargo durará cuatro años y se podrá prorrogar por otros cuatro en casos excepcionales (art. 7), constituyendo así un escalón para subir a la Cátedra. Las Juntas de Facultades harán la designación, y los que tenemos fe en la Universidad, sabemos que no usarán de su poder para elevar a unos en perjuicio de otros, y esperamos que el *amor familiar* no ejercerá demasiado influjo sobre los nombramientos.

¿Nada más?

Señor ministro de Instrucción pública: Para la completa reforma de nuestra enseñanza, falta mucho. Frente a las tradicionales aulas universitarias, se alzan los *organismos parasitarios*. Quedan fuera de la Inspección, gozan de vida próspera y sólo pueden ser legitimados por una sola madre: la Universidad. ¿Teme el Sr. Rodés atraerse la enemistad de personas influyentes, o prefiere que una ley decida problemas que hasta ahora se regularon por Reales decretos? Para cuando se abran las Cortes, *RENOVACIÓN* le proporcionará, desde sus columnas, datos y argumentos...

Luis JIMÉNEZ DE ASÚA

POLITICA EXTERIOR

EL PROBLEMA RUSO

Se ha firmado la paz entre los Imperios centrales y la nueva República de Ucrania. Dentro de poco, Rumania se verá forzada a lo mismo, pues quedan los restos de su ejército aislados entre enemigos. Finlandia, además de ofrecer la paz al constituirse en República independiente, ha de buscar un apoyo en Alemania contra la tiranía maximalista rusa. Curlandia, Lituania y Polonia, están ocupadas por los ejércitos austro-alemanes. El problema ruso va trabajosamente solucionándose. Si los maximalistas no firman ahora la paz, peor para ellos. El pueblo, hambriento y postrado, la desea, y derribará todo gobierno que no se la otorgue. Apoyados los Imperios centrales en Finlandia, Ucrania y Polonia, y éstas en aquéllos, pronto harán entrar en razón a los utopistas de San Petersburgo.

Tratar con los maximalistas es peligroso. Un caballero está muy expuesto si contrata con uno de estos individuos *que nada tienen que perder*. Este es el caso. ¿Qué exponen Lenin y Trostky en las negociaciones con los centrales? La psicología del maximalismo es muy sencilla. —La sociedad está mal organizada. Mejorarla poco a poco es labor de siglos y de paciencia. Destruyámosla y veremos lo que sale. ¿Qué perdemos con ello? Nada, pues nada tenemos. Pidamos el sol, la luna y las estrellas, a sabiendas de que no los tendremos. Pero estos fracasos heroicos excitan a las masas revolucionarias y agrandan las figuras de sus jefes.

El pueblo ruso estaba maravillosamente preparado para la catástrofe que hoy lo aniquila. Sus desniveles políticos y económicos; su fatalismo místico; su carácter lleno de violentos contrastes, y su ignorancia medioeval, predisponíanlo a sufrir este insano delirio en que hoy se debate. El abúlico es quien más propenso se halla a ser dominado por la cólera. Era la política rusa una balanza muerta; hoy es una balanza loca. Harto sabéis que estos defectos dependen de la posición ocupada por el centro de gravedad.

¿Cómo variar éste? Una amplia difusión de la cultura y la riqueza hacen más agitada en apariencia, pero mucho más estable en realidad, la vida de un país. La primera, aguzando el sentido crítico, dificulta el triunfo interior (el exterior es imposible) de la utopía. La segunda aumenta el número de interesados en sostener un régimen firme de gobierno.

¡Cuán distintas las revoluciones francesa y rusa! Aquella fué intelectual y burguesa, y el obrero un corista en la tragedia. Napoleón no tuvo que hacer grandes esfuerzos para empuñar las riendas del poder soberano. El sentimiento centralista y nacional de Francia se lo dieron todo hecho. ¡Cuán fácil luego dirigir el corcel fogoso, con la espuela de la gloria militar espléndida! El organismo francés, sano y fuerte, reaccionó enseguida. ¿Qué le sucederá al coloso ruso, tan descentrado, linfático y deprimido? El grande hombre sólo nace cuando el medio ambiente le favorece. Por ahora, fuerza es, creamos que Rusia no puede tener su Napoleón.

No sabemos qué modernidad ni futurismo encuentran nuestros demagogos en la revolución eslava. Para nosotros pertenece a la misma categoría que la célebre *Jaquerie* francesa del siglo XIV o las provocadas en Alemania y Suiza en el XVI por Lutero (que horrorizado luego, aconsejaba a los nobles la matanza de campesinos) y Zuinglio. La misma ignorancia; igual mesianismo infantil; idéntico fondo pasional religioso hallamos en unos y otros. El impulso primero y más poderoso de todas estas sacudidas es la desesperación de los pobres y el odio contra los que poseen. ¿Qué edificio social y político puede edificarse con semejantes cimientos? Abierta la caja de Pandora y libres los instintos más bajos y criminales, nadie tiene ya derecho a hablar de libertad ni de justicia. Quien gobierna será un tirano, y las tiranías duran muy poco. Esto, al menos, dice la experiencia y vociferan nuestros histriones revolucionarios en los mítines. ¡Qué paralelismo pudiera hacerse entre

ellos y los rusos! Estos, ingenuos, fanáticos, temibles, son personajes de Esquilo o Shakespeare. Los nuestros pertenecen a la familia del Buscón Don Pablos o del Picaro Guzmán de Alfarache.

Errores maximalistas

El maximalismo, sobre cometer el error de no firmar la paz prontamente, se ha suscitado otro problema gravísimo: el religioso. No sólo ha ofendido los intereses materiales, sino los morales. La incautación de los bienes de iglesias y conventos ha provocado violentísimas escenas. Para quienes conocen la religiosidad del pueblo ruso el hecho es de gran transcendencia. Resulta menos peligroso herir los intereses económicos que la fe de un creyente acrisolada por los siglos. Observad un hecho significativo: los revolucionarios de todas partes aborrecen más a los religiosos que a los capitalistas. Y ello es lógico. Un misticismo colectivo ancestral es lo único oponible con éxito al misticismo colectivo futurista de los revolucionarios sinceros. La fuerza externa y el dinero no bastan como puntos de apoyo contra una revolución: hay que oponer una moral a otra; una organización tradicional, viva y concreta a una utopía inorgánica y abstracta.

Profecía de Bismark

Muchos son los enemigos que, por fortuna, amenazan al maximalismo. Manejados todos ellos —sentimientos nacionalistas, filandeses, ucranios, polacos y reacción natural del clero y clases conservadoras— hábilmente por Alemania y Austria, pueden éstas sacar de la guerra incalculables provechos. El vasto mercado ruso se abre para ellas, a la vez que el camino del Asia. Claro es, que antes el maximalismo tendrá que desaparecer; pero de ello se encargarán las repúblicas burguesas que, bajo los auspicios austro alemanes, acaban de constituirse. En vez de un imperio formidable, excitado y fortificado económicamente por el nacionalismo francés, tendrán como vecinos los imperios centrales a unas cuantas repúblicas jóvenes, recelosas unas de otras, con intereses y sentimientos contrarios y en el periodo constituyente. Estas repúblicas, durante mucho tiempo no tendrán casi política exterior, y la interior estará influida por los austro-alemanes. Entonces se realizará la frase de Bismarck, cuyas geniales previsiones admiran siempre: *El impetuoso elefante ruso* —dijo hace muchos años— *deberá caminar entre los elefantes domesticados de Alemania y Austria*. Acaso el gran canciller, fundador del imperio, haya sido una vez más el profeta de su raza.

M. DE PALACIOS OLMEDO.

ECONOMIA

LA NEUTRALIDAD DE ESPAÑA

Alemania-Italia. - España-Alemania.

¿Cómo era vista en Alemania la neutralidad de España? Dos aspectos presentaba para el pueblo alemán el mantenimiento de nuestra neutralidad, aspectos que, escolásticamente, podemos clasificar así: a) *aspecto sentimental*; b) *aspecto económico*.

a) *Aspecto sentimental*.—La agrupación sucesiva de las demás naciones latinas del viejo Continente bajo una misma bandera —enarbolada y sustentada por Inglaterra (1)—, con objeto de combatir y destruir, hasta pulverizarlo, un poderío y una preponderancia hijos de inauditos esfuerzos, así como de una sabia y bien orien-

tada política expansionista (2), en cuyo desarrollo intervino de un modo eficacísimo el acertado, discreto y racional empleo de las primeras fuerzas intelectuales, seleccionadas en un vastísimo campo de sólida cultura *especializada* —nosotros, porque la conocemos y porque la hemos vivido, rendimos homenaje a esa *Kultur* alemana que con tanta saña combaten los *reoforistas* aliadófilos y aliados—, hizo que nuestra neutralidad apareciese ante los ojos del pueblo alemán, sobre todo, como un signo representativo de nuestra consciente independencia, y de nuestro modo sereno, imparcial y previsor de juzgar el desarrollo de los acontecimientos. Y éste fué el primer efecto que produjeron las declaraciones, también sucesivas, del mantenimiento de nuestra neutralidad: el que España adquiriese ante las diferentes masas sociales de la nación piloto de los Imperios centrales, aún ante las menos conscientes, un relieve en el orden político, que tal vez nunca tuvo antes de la guerra, ni, probablemente, hubiese llegado jamás a conseguir. Teníamos, pues, como primera consecuencia, un aumento en consideración, en respeto.

Pero había más. Había que nuestra neutralidad aparecía ALLÁ, —sobre todo durante los tres primeros años de la guerra y por lo menos en su aspecto exterior —*sincera*, es decir, *no benévola* con relación a ninguno de los bandos beligerantes. La neutralidad observada por los Estados Unidos era, en cambio, tan *Vohltwollende* con respecto a la Entente, que siempre hizo presagiar que esa influencia financiera e industrial —empréstitos por miles de millones

(1) Un economista norteamericano, el Prf. James Davenport, de la Universidad de Nueva York, decía, en 1913, en su obra *El Comercio del mundo* —vertida al castellano por Enrique Massaguer, y que figura entre los libros de la Biblioteca de cultura moderna y contemporánea, de la Editorial Minerva, de Barcelona—, entre otras cosas, lo siguiente: «... Al objeto de formarme idea exacta del verdadero sentimiento popular respecto a una posible conflagración con Inglaterra, pregunté, durante el viaje, a centenares de personas que pertenecen a otras cien distintas profesiones, desde el obrero jornalero hasta los gerentes de las grandes empresas industriales y los consejeros más íntimos del emperador, cuál era su manera de pensar acerca de la situación de Alemania. La respuesta que obtuve en conjunto podría representarse gráficamente en un encogimiento de hombros (que es lo que hizo la mayor parte) en señal de resignación... Ninguno de estos hombres emitió opinión semejante a la que se habrían podido oír a la sazón en los tranvías y en los clubs de Londres. En aquella ocasión, la prensa londinense publicó cartas, escritas por sus lectores, en las que se pedía la destrucción de la escuadra alemana sin previo aviso, y entretanto los oficiales de ella estaban en Kiel, en sus puestos respectivos, prontos a responder al primer ataque, pero sabiendo que la guerra no se haría a no ser que el país se viese obligado a aceptarla...»

(2) A este efecto, examínese el interesantísimo libro *Les méthodes allemandes d'expansion économique*, del Prf. Henri Hauser, de la Universidad de Dijon, traducido al español por la Cámara de Comercio de Madrid.

y suministros por muchos miles de millones—, que ejercían sobre los países que, estrechamente unidos, combatían contra los centrales, acabaría por determinar la unión de los E. U. A. al Grupo aliado, quedándoles así a éstos abiertas las puertas para una posible satisfacción de sus pruritos imperialistas en Europa. La doctrina de Monroe ya no sería, en adelante, «América para los americanos», sino «América para los americanos y de Europa, algo también para los americanos.» Y con Holanda sucedía otro tanto. Dueña Inglaterra, casi en absoluto, de los destinos de este pueblo, difícilmente podían dispensar los Países Bajos a los Imperios centrales una neutralidad *estrieta*. En el orden idealista, se ofrecía, pues, la neutralidad de España, también como un símbolo de nuestra seriedad, si se quiere, de nuestra lealtad.

A esto había que añadir que, a primera vista, España, no sólo por razón de afinidades etnológicas, y geográficas, sino por comunidad de ideas y sentimientos, y aún hasta siguiendo las mismas indicaciones del fiel de la balanza de nuestro comercio exterior, parecía deber inclinarse del lado de las naciones aliadas y compartir con ellas las penalidades de la guerra.

El cúmulo de circunstancias relatado hizo, pues, que, desde el primer momento, la neutralidad española fuese acogida EN ALEMANIA, no sólo con gran simpatía, sino hasta con agradecimiento, y que estuviese latente en aquel país una inclinación hacia nuestro pueblo, muy favorable y muy sincera.

Esto, en cuanto al aspecto que pudiéramos llamar sentimental.

b) *Aspecto económico.*—En el orden de intereses, la entrada de Italia al lado de la Entente, hacía que el mantenimiento de la neutralidad española presentase una nueva fase.

En efecto; en los últimos tiempos, había seguido Italia una táctica de aproximación económica hacia los países centrales, completando, de este modo, su alianza política con ellos. La guerra aduanera sostenida con Francia, en el año 1887, le movió a cultivar de una manera más celosa la exportación de sus productos agrarios hacia los países del centro de Europa, y efectivamente, en ellos no encontró las dificultades que el proteccionismo francés le imponía con sus altas tarifas. La exportación italiana a sus aliados políticos consistía en artículos de condición agraria: vinos, frutas frescas y secas, aceites, etc., y todos aquellos productos que de la rica agricultura del Norte da Italia. Esta exportación era muy bien recibida, y en la época del Canciller Caprivi, una era de liberalismo económico en Alemania, Italia conquistó un predominio en el mercado de estos países.

Claro que a ello ayudaba, por otra parte, la influencia industrial de los Imperios Centrales que, a cambio de los productos agrícolas recibidos, remitían toda clase de mercancías fabriles y organizaban el crédito y la producción industrial en el mismo país italiano. La corriente mercantil, por tanto, entre Italia y sus actuales enemigos era extraordinaria, y la trabazón de relaciones comerciales e industriales muy intensa. Y he aquí que la guerra actual vino a cortar radicalmente este comercio dejando una laguna que necesariamente habrá de ocupar otro país como proveedor de productos agrarios de los Imperios Centrales.

España tiene una estructura económica muy semejante a la de Italia, y nuestro país se cotiza ya en Alemania como el probable sustituto. ¿Sabremos nosotros aprovecharnos de esta situación y de la corriente de simpatía que existe en Alemania hacia nosotros y que trata de orientarse hacia una inteligencia económica?

La potencia de los países centrales, como consumidores de productos agrarios, es mucho mayor de lo que generalmente creen aquellos que constantemente se fijan en las cifras de exportación a

Francia y a Inglaterra; pero estos datos nadie los comenta con verdadera circunspección, y, sobre todo, los que así discurren desconocen la fuerza de consumo y adquisición de esa masa de los Imperios Centrales, que constituyen los países más industrializados del mundo y que, por tanto, están llamados a ser los más ricos, venciendo las dificultades de una naturaleza no rica, como, por ejemplo, la de los Estados Unidos.

El que ahora lleguemos a la conclusión de Convenios comerciales con cada uno de los países aliados, nada quiere decir, pues estos Convenios han de ser puramente circunstanciales y obligados por las necesidades de momento. Termine como termine la guerra, una nueva política comercial ha de regir los destinos del mundo económico. Entonces será ocasión de recoger esas orientaciones alemanas de inteligencia económica con España, aproximación que permitiría a nuestra agricultura el recabar para sí esa situación preponderante que en el mercado de los Imperios Centrales habían adquirido los productos similares italianos. Y a lograr esa aproximación económica ha de contribuir con todas sus fuerzas la «Federación de las ligas hispano-alemanas», de la cual nos ocuparemos en nuestro inmediato y último artículo.

MARTÍN DE PAUL.

Sr. Director de RENOVACIÓN ESPAÑOLA.

Mi querido amigo: En el número 3 de la Revista, aparece una carta del cultísimo escritor D. Eugenio D'Ors en la que expresa su deseo de figurar como colaborador, en vez de redactor de aquélla. Para justificarlo dice que de ese modo, conserva su libertad de opinión y no tiene necesidad de suscribir todos los matices del pensamiento que informaba el prospecto de la Revista. Añade que en aquel se decía: «España sobre todas cosas», y él cree que, por encima de España y de cualquier patria, están aún ciertos altos intereses ideales como la Justicia o la Belleza.

Respetando, como es justo, los motivos en que el señor D'Ors funda su resolución, pareceme oportuno tomarlos como base para hacer algunas aclaraciones.

En RENOVACIÓN ESPAÑOLA cada escritor (llámese colaborador o redactor) tiene absoluta libertad de ideas, y sólo responde de las que aparecen con su firma.

En efecto, hay valores ideales más altos que la patria. Pero, arriba aquellas nobles abstracciones, vida de toda alma exquisita, vemos que solo encarnan socialmente, en la realidad histórica de los pueblos, como nacionales justicia y belleza.

Son los aliados mismos quienes nos lo enseñan, hablándonos de una justicia, una verdad y una belleza exclusivamente suyas.

Le estrecha la mano su afectísimo amigo,

M. DE PALACIOS OLMEDO.

Se ofrece... Filósofo rural, en buen uso, un poco berebere, se ofrece, desde clásica ciudad provinciana, para representaciones populares. Tiene frases y repertorio de su propia invención. Ha trabajado en Portugal. Para informes, dirigirse a RENOVACIÓN ESPAÑOLA.

CRÓNICA DE LA GUERRA EUROPEA

Casi al mismo tiempo que escribíamos nuestro anterior artículo, en el cual hablábamos del espíritu altamente ofensivo que ha caracterizado siempre al ejército alemán, un diario francés coincide con nuestra manera de pensar al expresarse en los siguientes términos: «Hay que esperar una ofensiva inmediata enemiga, porque es contrario al espíritu de ofensiva del gran Estado Mayor alemán el esperar al adversario, cuando puede adelantarsele.»

«Recordemos —añade— que, si después de la ofensiva en Verdún, los alemanes se han mantenido a la defensiva en el frente occidental, ha sido porque lo creyeron así más conveniente para sus intereses; pero los últimos meses de 1916 los emplearon en la campaña contra Rumania, y al finalizar 1917, lograron disgregar al ejército ruso, sin perjuicio de dirigir el ataque brusco contra Italia, en cuanto contaron con fuerza suficiente.

El Estado Mayor alemán está convencido de que la ofensiva, no es más costosa que la defensiva en la guerra actual; además, en todas las guerras, las ofensivas dieron la victoria. Los alemanes, por tanto, están ahora menos dispuestos que nunca a renunciar a su táctica favorita.»

Resulta altamente curiosa la perfecta coincidencia, en esta ocasión, de mi manera de pensar, con la del ínclito paladín francés, Gustavo Hervé. A mí, me la inculcaron ya hace años mis dignísimos profesores en un centro de enseñanza, donde había cierta obligación de estudiar cuestiones militares.

Conformes en la parte abstracta de la ofensiva alemana en Occidente, se hace mucho más difícil concretar, ni aún aproximadamente, por dónde hará su aparición. Esto es lo que constituye el llamado secreto de Hindenburg, y comoquiera que este insigne general se nos ha revelado en esta guerra como un verdadero genio, yo creo muy difícil

que quienes no lo somos, podamos descifrar sus proyectos; por lo cual, me parecen fantasías la mayor parte de las cosas que se han escrito respecto a este asunto.

Verdad que se pueden hacer ciertos supuestos lógicos, a título e meras conjeturas; pero de eso a querer poseer la clave del Estado Mayor alemán, hay un abismo!

Además, nos tiene bien demostrado el tiempo que el hacer cálculos acerca de esta guerra, es algo muy atrevido y muy sujeto a error.

En mi modesto parecer tres son los principales sectores por donde se puede esperar el ataque alemán: por la costa belga, para

ganar Dunkerque y Calais; por el valle del Oise, que es el camino más directo a París, o por el extremo izquierdo del frente, junto a Suiza.

La conquista de Dunkerque y Calais aseguraría para Alemania el dominio del Paso del mismo nombre, proporcionándole numerosas e inmejorables bases marítimas.

El terreno por donde habría que emprender el ataque, tiene el inconveniente de ser altamente pantanoso y a voluntad del que posea las esclusas del río Iser.

El valle del Oise también se presta mucho a operaciones de importancia, pero no creemos en la posibilidad del ataque por ese sector, toda vez que precisamente por él fué por donde más se acentuó el repliegue alemán de la pasada primavera. Recuérdese que la línea de fuego pasaba antes por Compiègne.

Respecto al avance por el sector Verdún, St. Mihiel, Toul, Epinal, Belfort, hay que tener en cuenta, que si bien sería de una importancia decisiva para los alemanes una victoria por esa parte, no hay que olvidar, que precisamente es la que tienen más y mejor fortificada los franceses, por lo cual rehuyeron los alemanes iniciar por ese sitio el ataque cuando

empezó la campaña. ¿Y lo emprenderán ahora cuando cuarenta y dos meses de tregua les ha dado tiempo a los aliados para perfeccionar con todo lujo aquellas grandes fortificaciones?... No lo creo.

Finalmente. En el gran desconcierto que reina entre los aliados ante la ofensiva alemana, parece que algunos de sus críticos se inclinan a creer que aquella tenga lugar en Italia. A este propósito, escribe Harvé: «Nosotros nos batimos en terreno fortificado durante cuarenta y dos meses, en tanto que nuestros aliados (los italia-

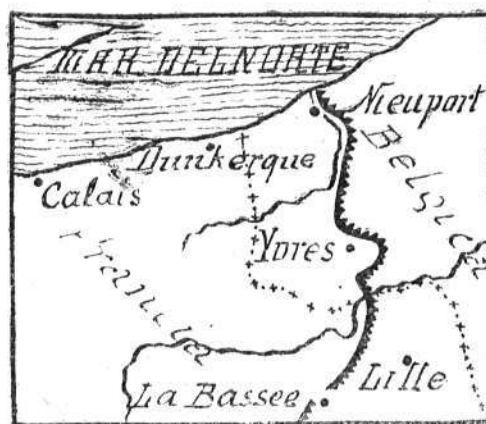
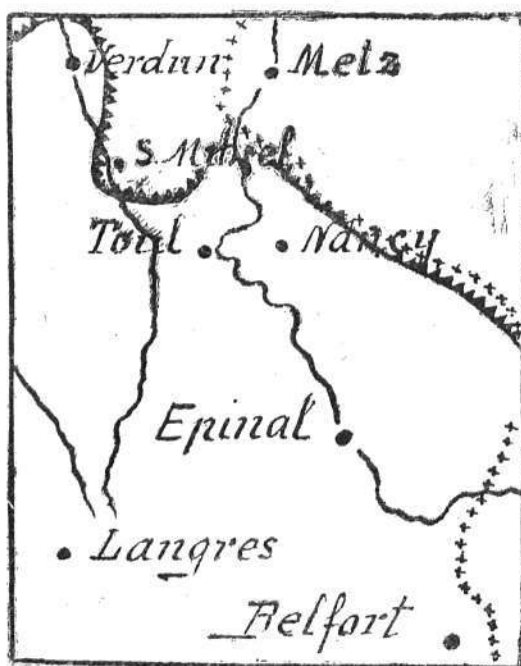
nos) se encuentran detrás del Piave, torrente casi seco, en planicie descubierta y al abrigo de unas defensas hechas a toda prisa. Desde el alto de las montañas, los alemanes dominan las llanuras de Lombardia. ¡Qué tentación para renovar el golpe que tan bien les salió en Venecia, poder

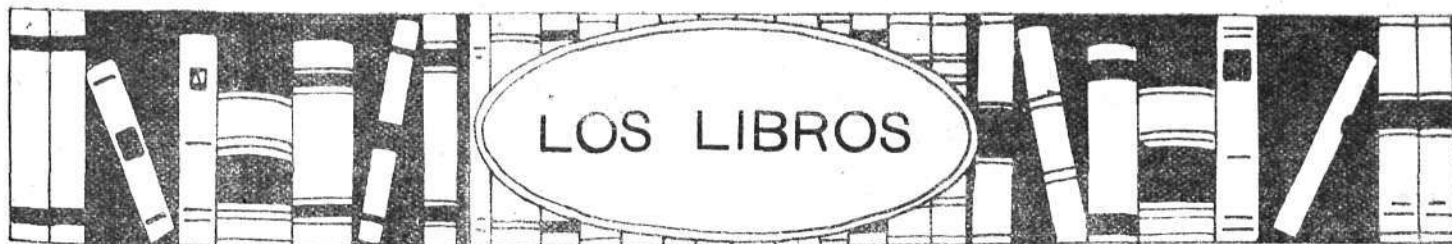
ocupar Milán, el granero de trigo y arroz de Italia, el centro de todas las industrias metalúrgicas y textiles!»

El ataque a la costa belga o la ofensiva sobre Italia, creo yo lo más verosímil.

Lo que sea sonará..., y sonará pronto, y mucho.

ZEPPELIN.





Daniel Halévy: *Le président Wilson. Étude sur la Démocratie Américaine*. París, 1918.

La figura del presidente Wilson, destacando sobre el fondo rojo de la guerra, ha adquirido un gran relieve de actualidad. Sus discursos, única aportación de los Estados Unidos que ha podido atravesar el Atlántico sin temor a los submarinos —aunque luego fuesen torpedeados también por el canciller en el Reichstag— han galvanizado las energías retóricas de la Entente. El presidente es hoy, para ésta, la personificación del país en quien se tiene puesta la esperanza, porque ya murió la fe en sí misma.

No estamos ante un libro más de la guerra, de esa multitud de libros inspirados en un patriotismo recalentado por la lucha, que entorpece el desenvolvimiento normal del discurso. Aunque sin pretensiones y de corte periodístico, muéstrase en él un claro talento comprensivo del ambiente de la democracia americana —bien distinta de las europeas— en que el presidente Wilson ha formado su ideología y su carácter. Por lo general, Halévy no abruma los hechos con inútiles alabanzas, y campea en el libro cierta imparcialidad; así, en la página 177 reconoce que el primer atentado al derecho y a la neutralidad norteamericanas partió de Inglaterra. Claro está que no podemos menos de sonreír al leer que los Estados Unidos, mientras la guerra les fué relativamente ajena —esto es, mientras se iban haciendo por sus exportaciones los acreedores de los aliados— no tuvieron otra pasión que la caridad ni otra misión que la de salvar las virtudes de la paz (página 172). Pero aún con esto, resulta serena la postura del autor, al lado de sus compatriotas escritores de la guerra, que suelen manejar la pluma con ademanes fogosos y desacompanados.

Wilson, como una generación de políticos españoles, de la que ya no queda un solo ejemplar, fué profesor antes que hombre público. En sus libros, más de vulgarización que científicos, va imprimiendo la huella instintiva de su carácter, inflamado por un ardor autoritario, que luego hemos de reconocer al manifestarse en la vida pública.

En el primero que le dió a conocer, *Congressional Government*, publicado en 1885, afirma que la autoridad personal es el único medio de dar al Estado la unidad necesaria, y prefiere los gobiernos dotados de mayores poderes. *The State: Elements of Historical and Practical Politics*, primeramente editada en 1889, es la obra de mayor madurez científica y mejor conocida por el público de todos los países. En ella se asigna, como característica esencial a todo gobierno, la autoridad, y como fundamento de la autoridad, la fuerza. En un discurso pronunciado con ocasión de una solemnidad universitaria, desdena la intelectualidad de los modernos y recomienda el conocimiento del pasado como base de toda cultura. En un artículo publicado en la *Century Magazine* sobre Burke, para hacer el elogio de éste, censura duramente a la Revolución francesa. Presidente de la Universidad de Princeton, estrecha los lazos de la disciplina y restringe la libertad de enseñanza. Wilson, enemigo de la libertad de enseñanza y de la Revolución francesa, autoritario y tradicionalista, ¿no parecen estos rasgos de su fisonomía moral, que ya se traslucen en sus escritos y que luego han de aparecer a plena luz en sus actos, los atributos con que nuestros seudointe-

lectuales, seudorevolucionarios y seudointervencionistas pretenden motejar a los que ellos llaman obscurantistas, reaccionarios y trogloditas?

Pero Wilson estaba ungido por la ambición, no satisfecha con la fama de la cátedra y el libro. De la presidencia de la Universidad de Princeton, que en los Estados Unidos tiene importancia pública, sube al gobierno de New Jersey donde, aparte otras reformas útiles, procura concentrar todos los poderes en sus manos, agotando la confianza de sus mismos antiguos partidarios, que le llamaban ya dictador.

La circunstancia de dividirse las notas del partido republicano llevó a Wilson hasta la presidencia de los Estados Unidos. El espíritu de dominación, que es nervio de su carácter, muéstrase, en política interior, prevaleciendo en todo momento sobre el Congreso; en política exterior, con la intervención de Méjico, *El crimen de Woodrow Wilson*, según el heroico profesor Pereyra. En cambio, Roosevelt, «el terrible riflero», le ha reprochado siempre por no haber llegado a consumir el delito.

Comenzada la gran guerra, los aliados, impacientes, atacaban a Wilson por su pacifismo (Vide Morton-Jullerton, *Les Etats Unis et la guerre*, París, 1915), sin advertir que Wilson sabría administrar con prudencia e intención su espíritu ambicioso y dominador, que le llevaba a la lucha. Wilson obtenía grandes triunfos antes de la reelección hablando de la paz para que el pueblo incauto se dejase llevar; la nota famosa del 18 de Diciembre de 1916, le granjeó una mayor adhesión del pueblo, que al poco tiempo se lanzaba a la guerra detrás de su presidente. De este modo Wilson tuvo la suprema habilidad de utilizar su pacifismo simulado para la reelección y para la guerra.

Con motivo de su declaración brotó el último conflicto entre el presidente y el Congreso que se resistía. Vencedor Wilson, llega a la cumbre de su supremacía, encargándose de la dirección única y dictatorial de la guerra, y reuniendo poderes «infinitamente más grandes que los de ningún otro jefe de Estado existente, y que no han sido aventajados ni por los de Alejandro ni por los de Napoleón» (pág. 270). El último episodio de la lucha por el poder único —o sea, el imperialismo por dentro—, coincide con el primer acto de intervención en los conflictos europeos —esto es, el imperialismo por fuera—; aunque no es presumible la misma victoria en la nueva empresa.

He aquí la historia de la ambición personal de Wilson, fundiéndose con la de su patria, en aquel espíritu de extensión que Ratzel asignaba a los pueblos que se sienten fuertes. Mientras este espíritu se desarrolló dentro de una política exclusivamente americana encarnó hipócritamente en el mito de Monroe. Wilson, menos original que éste, ha aceptado como máscara de su nueva fase el mito de la civilización, los derechos de los pueblos débiles, etc., etc., tan manoseado por los aliados y que a las almas españolas, reciente la catástrofe colonial, produce una oleada de ira.

José ANTÓN.

DE LA SEMANA

Teatros

Anúnciase para la primavera una temporada lírica española; lo que quiere decir que, próximamente, se hundirá un teatro de esta corte, o que habrá un disgusto ruidoso entre un empresario y varios autores, o que, repentinamente, Madrid se encontrará sin cantantes, o que todas esas cosas sucederán simultáneamente. Se conciertan apuestas por saber si la catástrofe tendrá lugar la víspera, o al día siguiente de la inauguración.

Como no hay miserias que socorrer más cerca, las almas pías han tenido que ir a buscar pobres hasta... Guatemala. En su próxima *tournee* americana, nuestros ultra aristocráticos representantes de la escena española verán de nuevo sus coches desganchados por un público en delirio. Y ¡todo sea por Dios! Pero, verdad es que la función benéfica se ha preparado con todo esmero y promete ser brillantísima; como atracción inesperada, el público podrá aplaudir a Pastora Imperio, acompañada por Víctor Rojas y Juan Antonio Cavestany.

Arte.

En el próximo Salón de humoristas no se permite poner a una obra un precio mayor de 300 pesetas. ¿Y qué van a hacer entonces todos esos artistas que *no quieren* (!!!) vender por menos de 1.000?

Económicas

Un pobre infeliz francés, Mr. Geofiray, fué llamado a su país por su ineptitud para hacer juegos malabares con el franco y la peseta. Facturado en *grande vilesse*, vino un *thierrable* Mr. Thierry, especialista en grandes empréstitos y otros sablazos de *haute* cuantía —todos los *sablazos* que ha dado Francia, y que no son pocos, *parbleu!*, han sido organizados por Mr. Thierry—, amenazando con enviar a la frontera unos cuantos *poilus*, de esos que salvan a Francia en cualquiera de los frentes, si no se le daban unas pesetas. Vino y se fué lord Cunliffe, el del *empréstito con regalo de libras* —de chocolate, naturalmente—, y vinieron y se fueron los *thierrables* sabuesos de Mr. Thierry, el mendicante. Ahora vuelven estos hombres del sable, a que les demos *ipsch!* 500 millones, a pagar... después de la guerra. Garantía: *la grande victoire* (¿cómo ha dicho usted?) Y la vieja nodriza de Mr. Thierry le arrulla con este antiguo cantar de su tierra:

*Ainsi font, font, font,
Les petites marionnettes;
Ainsi font, font, font,
Trois petits tours et puis s'en vont.*

* * *

Por un error, que somos los primeros en lamentar, anunciamos, en nuestro segundo número, la publicación de las tan deseadas *Memorias Comerciales de la Cámara de Comercio*, que no han ido saliendo a luz desde que debieron salir; es decir, desde hace

siete años. Nos comunican, y con sumo gusto así lo rectificamos, que estas *Memorias* forman parte del Archivo privado del señor secretario general de la Cámara, y que, por lo tanto, continuarán inéditas.

Electoreras

Oírécese un premio al candidato que se atreva a presentarse por Granada y a salir por las calles entre sus electores. Asegúrase que, en vista de los cien y pico de heridos, caídos heroicamente en aquella ciudad, el premio, según todas las probabilidades, quedará desierto.

El joven D. Leopoldo Palacios, cuya brillantísima gestión en defensa de los intereses de Villalpando —distrito que representó en las recientemente disueltas Cortes— está en la memoria agradecida de todo el pueblo español, presenta su candidatura por... Marchena, en calidad de *guardacorbata* de D. Melquiades. De todo corazón le deseamos un éxito que le compense de sus amargas universitarias y le permita abandonar, de una vez para siempre, su inamovible plaza de auxiliar.

«De las Academias...»

Dícese que el ilustre Dr. Cortezo —cuya medula no ha sido posible ver hasta hoy— fué propuesto, y aun elegido (pongámonos en lo peor), académico de la Real Academia Española.

Nuestro erudito mosquetero D. Julio Cejador, ha salido ya con un furibundo artículo en *La Tribuna*.

La opinión culta está alarmada.

¿Por qué? *Non tinga por...!* Allí se encontrará el nuevo académico, si lo llega a ser, con sus compañeros natos los Sres. Besada, Navarro Reverter, Burell, el gran taurino Cavestany, y algunos preclaros condes y marqueses...

Pronto será propuesto e ingresará allí (en colaboración con Argente) el cultísimo hablita y fuerte interjeccionista señor Conde de Romanones, y más tarde, por orden de méritos, el conocido sintáxico señor Conde de Sagasta, y luego... Benavente, que aún no ha querido leer su discurso —¡qué bienhizo!— renunciará al ingreso y fundará un *Instituto libre de estudios españoles* de literatos y lingüistas, grupo activo, al que pertenecerán: Bonilla y San Martín, Valle Inclán, la Condesa de Pardo Bazán, «Azorín», Cejador, Baroja, Pujol, Blanca de los Ríos, «Andrenio»..., donde se darán conferencias y lecciones. Pero donde no se miente a «Academias», y desde luego, que nada tenga de «real»...

Quevedo escribiría ahora un *Sueño de los académicos*; Torres Villarroel, unas nuevas *Visiones*.

Nosotros, recemos la letanía:

«¡De las academias, libranos, Señor!»

Varios

De la acera de enfrente: «Va a llegar el grave momento de hablar de la prensa alto y claro».

¿En qué dominios te pones, oh astro mío? O, mejor dicho, ¿oh *mon astre*?

FÁBRICA DE ARTÍCULOS DE PIEL

ESPECIALIDAD EN ENCARGOS

::: OBJETOS PARA REGALOS :::

CASA FUNDADA
EN 1846

E. LOEWE

PROVEEDOR
DE LA REAL CASA

CASA CENTRAL EN MADRID

Príncipe, 39, teléf. 1810. Apartado de Correos 319

SUCURSAL EN BARCELONA

Fernando, 30.



IDEAL MESA DE CAMA Y BIBLIOTECA

formada por un tablero de 61 por 40 centímetros, que sube o baja a voluntad y se inclina instantáneamente a cualquier ángulo deseado, desde el horizontal al vertical; con soportes plegadizos para libros, y otro tablero, de 33 por 22 centímetros, que sirve de pequeño atril o mesa auxiliar

Es el mueble más útil que se ha inventado. Construcción científica de tubos de acero. Peso con embalaje, 15 kilos

PRECIO: 68 PESETAS

L. ASIN PALACIOS

Preciados, 23, Madrid.

Banco Alemán Trasatlántico, Barcelona-Madrid.



El ministro cultiva su jardín.

RENOVACION ESPAÑOLA



20 céntimos.

COLABORADORES

Pío Baroja.—Jacinto Benavente.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Julio Casares.—Julio Cejador.—Eugenio D'Ors («Xenius»).—Concha Espina de Serna.—Ricardo León.—Condesa de Pardo Bazán.—Julio Puyol.
Rafael López de Haro.—Francisco Rodríguez Marín.—José María Salaverría.—Rafael Salillas.

REDACTORES

Política interior. Quintiliano Saldaña.—**Música.** Eduardo López Chávarri.—**Medicina.** Dr. Sánchez de Rivera.—**Filología.** P. A. Martín Robles.—**Educación nacional.** Eloy Luis André.—**Garicatura.** «K-Hito» y «Kilón».—**Política exterior.** Manuel Palacios Olmedo.—**Arte.** Margarita Nelken.—**Viajes.** León Martín Granizo.—**Economía.** Martín de Paul.—**Enseñanza.** Luis Jiménez Asúa.—**Guerra.** «Zeppelin».—**Bibliografía.** José Antón y Pedro Sáinz.—**Teatros.** «Don Lope».—**Revista de revistas.** Cayetano Alcázar.

SUSCRIPCION: España: año, 10 pesetas.—Extranjero: año, 15 pesetas.

Redacción y Administración:
San Bernardo, 124, teléfono 2.188. Madrid.